

## CAPITULO XVII

### "Aquí fue Granada"

El 12 de julio, el propio día de la toma de posesión de Walker, entraba a León el primer contingente de tropas salvadoreñas. Seis días después se les agregaron los guatemaltecos, haciendo un total de 1,300 soldados aliados. El gobierno de Rivas sumó a ellos unos quinientos solamente. Estos datos son prueba evidente de que Walker nunca tuvo bajo su dominio al departamento de León. Pero a pesar del mayor número de tropas que los aliados tenían en el Norte, era hasta ese momento muy poco lo que Walker podía temer de ellos. A Rivas correspondía designar al jefe supremo del ejército, y como tal nombró al General salvadoreño Ramón Belloso. Esto naturalmente disgustó mucho a los guatemaltecos, quienes reclamaban el honor para su jefe el General Paredes; y el descontento fue tan grande que en las calles se armaban continuas reyertas entre los hombres de las tres nacionalidades, hasta el punto de hacerse necesario alojarlos en cuarteles diferentes. Agraviados los guatemaltecos por la desestima que de su jefe hacían, encajaron a don Patricio Rivas el apodo de "Patás Arriba". (1).

El gobierno del señor Rivas había enviado también un delegado a Honduras con la misión de establecer relaciones amistosas con esa república, pero Guardiola, en aquel entonces Presidente del Estado, no movió un solo dedo. No tenía ningún disgusto con el hombre que había negado apoyo a Cabañas, su viejo enemigo democrático. Pero, cuando vio al Presidente Carrera, de Guatemala, su amigo y aliado, arro-

(1) Montúfar, Págs. 550 - 8.

jarse a la lucha contra Walker, no pudo ya seguir en su actitud neutral. Así pues, el 7 de julio lanzó una proclama diciendo que Nicaragua había implorado la ayuda de Honduras y que se batiría por la república hermana, no sólo en virtud de la natural simpatía que enlazaba a los dos estados, sino también porque si se imponía a Nicaragua el yugo extranjero Honduras correría un gran peligro. El 20 de julio seiscientos hondureños emprendieron marcha a la frontera. (1).

El 18 de julio los gobiernos de Honduras, Guatemala y El Salvador firmaron un pacto de alianza para la defensa de su soberanía e independencia; reconocieron a Rivas como Presidente Provisorio de Nicaragua; prometieron enviarle tropas en proporción que determinarían más tarde, y se propusieron hacer desaparecer las disensiones internas. Luego invitaron a Costa Rica a sumarse al pacto. (2). Porque si bien es verdad que debido a los estragos del cólera este país había estado inactivo, no por eso había renegado de su juramento de combatir a Walker. Su Ministro de Relaciones Exteriores, don Joaquín Bernardo Calvo, se dirigió al Gobierno de El Salvador manifestando su confianza en que las otras repúblicas centroamericanas habrían de continuar la compañía que Costa Rica tan felizmente comenzara. (3). A Costa Rica llegó en aquellos días un delegado del gobierno español con el encargo de excitar a esa pequeña pero valerosa nación contra los filibusteros. El hecho de que con Walker estuviesen tantos revolucionarios cubanos preocupó mucho a Madrid. Cuando al fin el cólera declinó, Mora volvió otra vez su atención a los asuntos de Nicaragua, y en agosto convocó al congreso para trazar planes encaminados a proseguir la lucha.

Y no era únicamente España la potencia europea interesada en el caso. La corbeta francesa **Embuscade**, en pre-

(1) Montúfar, Pág. 518 y siguientes.

(2) Montúfar, Págs. 547 - 8.

(3) "Mi gobierno confía en que las fuerzas de Guatemala, y El Salvador y Honduras, concluirán la obra que él inició tan felizmente". Montúfar, Pág. 638.

visión de un posible ataque del **Granada** contra las tropas salvadoreñas que en bongos cruzaban el Golfo de Fonseca, protegió su transporte. (1). A principios de agosto una escuadra británica de trece barcos de guerra, con total de 268 cañones y dotación de 2.500 hombres, ancló en la bahía de San Juan del Norte. (2).

El 4 de agosto Walker, alarmado ante la coalición que se le venía encima, dictó un decreto imponiendo el bloqueo a todos los puertos centroamericanos, con excepción de los utilizados en el tránsito de mar a mar, y ordenó a su "marina de guerra" poner en efecto el decreto. (3). Las enfermedades y las deserciones día a día raleaban sus filas. Granada había sido siempre lugar malsano para los filibusteros, y el cólera y la fiebre amarilla hacían allí estragos. El temor a la peste y el saber que los ejércitos aliados venían en camino eran causas primordiales de las deserciones; pero había otras también. Los víveres escaseaban cada vez más. Los hijos del país abandonaban en gran número las inmediaciones de Rivas y Granada, y los americanos habían consumido ya la mayor parte de las provisiones disponibles. En ese verano (de Estados Unidos) pocos eran los que querían emigrar a Nicaragua. Los numerosos grupos que en diciembre y enero salieron de Nueva York lo hicieron en parte por huir de los rigores del invierno. Es probable que la natural efervescencia de la campaña política que en esos días agitaba a Estados Unidos distrajera la atención que los americanos tenían puesta en Nicaragua. El grueso de las fuerzas filibusteras ocupaba Granada; unos cuatrocientos resguardaban Masaya, plaza bien fortificada, y la caballería de Waters defendía Managua que era la posición más cercana al enemigo. A veces aparecían en las inmediaciones de León piquetes montados cuya misión era sólo amagar a las tropas aliadas acuarteladas allí.

(1) Montúfar, Pág. 549.

(2) Manuscritos del Departamento de Estado, Oficina de Índices y Archivos, Legación de Nicaragua, II.

(3) Manuscritos del Departamento de Estado. Oficina de Índices y Archivos, Legaciones Centroamericanas, II; **El Nicaragüense**, 9 de agosto de 1856.

La situación de los aliados no era mejor que la de los filibusteros. El cólera y la fiebre amarilla eran tan virulentos en León como en Granada. La ociosidad, las enfermedades, el alto porcentaje de defunciones, y sobre eso las continuas pendencias en los meses de julio, agosto y parte de septiembre casi apagaron el ánimo de los aliados; y Walker seguía a la expectativa mientras el morbo y la discordia inclinaban el platillo de la balanza a su favor. No sólo cundía la disensión entre las distintas nacionalidades, sino que entre los mismos nicaragüenses existían graves desavenencias también. Los viejos celos entre legitimistas y demócratas bullían siempre en el fondo. Jerez, ex-colaborador de Walker y el más prominente demócrata, era el mejor calificado para ser su líder, pero los legitimistas no podían tolerar semejante idea; ni tampoco había podido Jerez hacer que los que antes le seguían apoyaran de corazón una campaña que parecía ser obra casi exclusivamente legitimista. (1). En realidad los aliados no tenían un líder que lo fuera de verdad, y sus generales sin tamaño no se querían entre sí.

Por fin el 18 de septiembre los aliados emprendieron su avance hacia el Sur. Al aproximarse ellos a Managua, la caballería de Waters se replegó a Masaya, y los otros entraron en la ciudad el 24 sin encontrar resistencia. Permanecieron en Managua una semana, considerando, al parecer, el próximo paso que debían dar. En Masaya, 12 millas al Norte de Granada, cuatrocientos filibusteros los esperaban bien atrincherados; allí publicaban el periódico **Masaya Herald**. El 1º de octubre decía éste en sus columnas: "Masaya es hoy el Sebastopol (+) de Nicaragua, y queremos decir al enemigo, cualquiera sea su número: Venid estamos preparados para recibirlos como lo merecéis". (2). En esa coyuntura Walker cometió un desacierto muy similar al del principio de la guerra con Costa Rica, que fue ordenar la eva-

(1) Montúfar, Pág. 612 y siguiente

(+) Ciudad y puerto de Crimea, en Rusia, que soportó un memorable sitio de once meses puesto por una combinación de tropas francesas, turcas e inglesas. Los rusos la evacuaron en septiembre de 1855. (N. del T.).

(2) Montúfar, Pág. 614.

cuación de Masaya para concentrar todas sus fuerzas en Granada. (1). Los aliados avanzaron, se adueñaron de la ciudad y se atrincheraron en la posición abandonada, y para colmo Walker les permitió quedarse allí diez días recuperándose y recibiendo refuerzos. Desde Masaya los aliados impedían que la caballería de Walker saliera a buscar víveres, causando con esto a los filibusteros muchas privaciones. Se repetía la historia de aquello de la ciudad de Rivas, cuando después de permitir al enemigo apoderarse de la ciudad y parapetarse detrás de paredes de adobe, resolvió atacarlo para recobrar su posición perdida. Y con ese mismo fin salió de Granada el 11 de octubre a la cabeza de ochocientos hombres.

Mientras tanto, las rencillas personales que ya en León habían seriamente estropeado las relaciones interaliadas volvieron a surgir, dando por resultado que Zavala, jefe de los guatemaltecos, y Estrada, el ex-Presidente legitimista de Nicaragua, (+) se retiraran con sus tropas al vecino pueblo de Diriomo. Su alejamiento no significó ninguna pérdida, ya que de esa manera se restableció la armonía entre los que quedaron. Walker atacó a Masaya en igual forma que a la ciudad de Rivas seis meses antes. Pulgada a pulgada los filibusteros empujaron a los defensores ganándoles calles que conducían a la plaza, y ya estaban a punto de entrar en ella cuando un inesperado movimiento de Zavala les obligó a suspender el ataque y volverse a marcha redoblada a Granada. Y esto fue porque los generales Estrada y Zavala, en vez de acudir en socorro de Beloso que estaba siendo atacado, se lanzaron al asalto de Granada creyéndola indefensa. Si tal movimiento hubiera sido obra de generales de talento podría creerse que se debiera a pericia militar, pero en este caso los mismos centroamericanos dicen que fue ins-

(1) **La Guerra de Nicaragua**, Pág. 284 y otras, por Walker.

(+) El autor confunde aquí a dos personajes nicaragüenses, al Licenciado don José María Estrada, quien reclamaba la presidencia de la república con el entonces Coronel José Dolores Estrada, el héroe de San Jacinto. El Lic. Estrada había sido asesinado en agosto de 1856 en Somoto, es decir tres meses antes de los sucesos a que se está refiriendo el Profesor Scroggs. (N. del T.).

pirado por el deseo de no compartir las glorias con ningún otro, a lo que se puede agregar el aliciente del pillaje. Contrariados por haberse encontrado allí con una pequeña guarnición compuesta principalmente de empleados civiles y de enfermos hospitalizados que les opusieron obstinada resistencia, esos valentones desahogaron su saña en gente indefensa, cometiendo atrocidades que hasta don Jerónimo Pérez, crítico acerbo de Walker, las admite y enumera. Dos misioneros americanos, D. H. Wheeler y William J. Ferguson por ejemplo, fueron asesinados y sus cadáveres desnudos arrojados en la plaza del mercado. (1). Un niño inglés de seis años fue tirado mientras comía en la mesa de su casa, y un comerciante originario de Irlanda pero nacionalizado americano que había vivido en Granada por años y era apreciado por moros y cristianos, fue sacado de su casa, acribillado a tiros y mutilado a machetazos. La bandera americana, izada en la residencia del Ministro Wheeler, fue blanco de disparos, y al propio Ministro que yacía en cama gravemente enfermo le gritaron epítetos infamantes. Gracias a que el Coronel Fry envió unos cuantos rifleros a protegerlo, su suerte no fue peor. Guarecidos en los edificios públicos, los filibusteros se sostuvieron veinticuatro horas hasta que llegó Walker de Masaya a rescatarlos. El Padre Rossiter, capellán de la tropa, y John Tabor, Director de **El Nicaragüense**, fueron de los civiles que ayudaron a defender la ciudad. El periodista resultó con un fémur roto. El Padre Vijil, no tan belicoso como su hermano de sotana, corrió a esconderse en un arroyo apenas comenzado el zafarrancho. En cuanto los aliados fueron rechazados pidió a Walker pasaporte para irse del país.

Walker arrojó a Estrada y a Zavala de Granada el 13 de octubre, aniversario de la toma de la ciudad por los filibusteros; el saqueo de los guatemaltecos redujo mucho sus provisiones. Poco fue lo que perdió en su ataque a Masaya, pero mucho contra Zavala. Su ayudante de campo, el cu-

(1) Manuscritos del Departamento de Estado, Oficina de Índices y Archivos, Despachos, Legación de Nicaragua, II.

bano Lainé, cayó prisionero al extraviarse yendo en camino de Masaya a Granada. Su captura causó gran revuelo entre los aliados, y Zavala ordenó fusilarlo. (1). Tan pronto como esta noticia se supo en Granada Walker tomó represalia mandando fusilar a dos prisioneros guatemaltecos de rango que tenía en su poder, el Teniente Coronel Valderrama y el Capitán Allende; con eso quiso demostrar al enemigo que si le hacía guerra en esa forma él le devolvería dos golpes por uno. La ejecución de los dos guatemaltecos, sin embargo, fue reprobada por muchos oficiales filibusteros. Los prisioneros eran hombres de cultura; habían tomado filosóficamente su cautiverio, y tan amigos se hicieron de los oficiales filibusteros que éstos se encariñaron con ellos. Con gran pesar los hombres de Walker acataron la orden de ejecución.

En Masaya los rifleros de Walker habían causado tan gran estrago a las fuerzas de Beloso, que éste no salió a perseguir al líder filibustero en su retirada a Granada. Había Beloso despachado órdenes a Zavala en Diriomo llamándolo en su ayuda al comienzo del ataque, y de tal manera se enfureció cuando el guatemalteco en vez de obedecerle se lanzó sobre Granada, que se negó a hacer nada contra Walker dejando a su aliado tomarse la medicina solo. En el campo aliado reinaba un cisma grave, pero dos semanas después, cuando Costa Rica volvió a la lucha, se les despejó de nuevo el horizonte. El 1º de noviembre el Presidente Mora, percatándose del valor que el Tránsito tenía como "camino real del filibusterismo", expidió un decreto declarando haber reanudado la guerra contra los "inmigrantes usurpadores", e imponiendo el bloqueo del puerto de San Juan del Sur y del Río San Juan hasta tanto durasen las hostilidades contra los invasores. (1). Y al día siguiente el General Cañas salió con la vanguardia de las tropas a ocupar la ruta terrestre del Tránsito. El 7 entró en San Juan del Sur, desguarne-

(1) Según Montúfar, las últimas palabras de Lainé fueron: "Los hombres mueren, las ideas quedan".

cido entonces. La verdad es que Walker sólo contaba en todo el Departamento de Rivas con la "marina" de Fayssoux.

Con su reentrada los costarricenses amenazaban destruir la línea de comunicación de Walker, quien vio la necesidad de hacerse fuerte en un punto desde donde pudiera defender la ruta del Tránsito. La superioridad numérica del enemigo no le permitía dividir sus fuerzas. Para mediados de mes los aliados tenían ya más de tres mil hombres sobre las armas. Amparar contra éstos una ciudad grande y retener al mismo tiempo el Tránsito contra los costarricenses que estaban llegando, era algo que Walker no podía hacer con su reducido número de filibusteros. Viéndose en tal aprieto resolvió evacuar también Granada y encastillarse en Rivas, ciudad en la que el pasado abril se había fortificado el propio Mora. Pero, ante el temor de que los aliados de Masaya pudieran ir a unirse en Rivas con los costarricenses y adelantársele en su propósito de apoderarse del Tránsito, Walker resolvió atacar ambos puntos en rápida sucesión, como para ocultar su verdadero plan. El 11 de noviembre desembarcó con Henningsen y doscientos cincuenta hombres en La Virgen y al día siguiente marchó sobre San Juan del Sur, combatiendo y dispersando a tropas de Cañas que le salieron al paso, y dejando además a los costarricenses tan desmoralizados que ya no tenía por qué temerles hasta que fuesen reforzados. A la mañana siguiente contramarchó a La Virgen y por la noche estaba de vuelta en Granada planeando otro ataque a los aliados en Masaya. Para allá partió dos días después al frente de quinientos sesenta filibusteros. Cuando iba por medio camino supo que Jerez marchaba sobre Rivas con setecientos u ochocientos hombres. Esto le obligó a enviar doscientos cincuenta de los suyos de vuelta a Granada con órdenes de tomar el vapor y salir para La Virgen a retener el Tránsito.

[1] Manuscritos del Departamento de Estado, Oficina de Indices y Archivos, Notas América Central, II.



Con sólo trescientos hombres que le quedaban se dispuso Walker atacar en Masaya a una fuerza ocho veces superior a la suya y parapetada detrás de anchas paredes de adobe. Pero con Henningsen a cargo de la artillería abrigaba ciertas esperanzas. Comenzó el ataque el 15 y lo sostuvo hasta el 17. La artillería no rindió los resultados esperados, porque las espoletas eran demasiado cortas y la mayor parte de las granadas estallaban en el aire. Los zapadores comenzaron a trabajar horadando las paredes a fin de avanzar pasando de una casa a otra, y mientras los filibusteros adelantaban paso a paso iban pegando fuego a las casas que dejaban atrás para evitar que les picaran la retaguardia. La faena fue lenta, pero para la noche del 17 se habían acercado a veinticinco o treinta varas de los retenes aliados de la plaza. La toma de la ciudad hubiera costado a los filibusteros varios días más de sangrienta lucha, y aunque los aliados habían sido malamente zarandeados, Walker se vio obligado a suspender el ataque. Sus hombres ya no podían más, y una tercera parte yacían muertos o heridos. Tan grande era su agotamiento que ni siquiera podían montar guardia. El 17 por la noche levantaron el campo y desandaron ordenadamente el camino hacia Granada; los heridos iban en una hilera de mulas y caballos. Hasta que rompió el alba los aliados se dieron cuenta de que los filibusteros se habían retirado, y esto lo celebraron como una gran victoria. Si hubiesen los aliados perseguido y alcanzado al enemigo exhausto, Granada habría fácilmente caído en sus manos y el fin de la guerra hubiera sido de días no más. Sobrada razón tienen los historiadores centroamericanos de achacar incompetencia a sus generales. (1). Walker entró con su gente en Granada en las primeras horas de la mañana del 18, y al siguiente día comenzaron los preparativos para evacuar la ciudad.

Granada se asienta sobre una rampa que cae al lago. Y a pesar de ser uno de los lugares más insalubres de Nica-

(1) Montúfar comenta al respecto: "Con razón se hacen hasta hoy serios cargos a los jefes aliados".

ragua, ha sido siempre la ciudad favorita de los americanos. Su posición señoreante del lago le da cierta importancia estratégica; pero teniendo los filibusteros en su poder los vapores, podían fácilmente seguir valiéndose de ellos sin tener que sostenerse en Granada. Parece que el principal objeto de Walker en permanecer allí era gozar del prestigio que le daba ante los nicaragüenses la ocupación de la capital legitimista. En las pocas semanas anteriores a la evacuación de Granada la mortandad entre los filibusteros había sido aterradora. El repentino cambio de clima, el inmoderado consumo de exquisitas frutas, la excesiva crápula, la comida mal guisada, el perenne cambio de horario cuartelero, las copiosas lluvias, los cuarteles plagados de chinches, pulgas y piojos, y la negligencia general de la higiene, en breve hicieron víctima a los filibusteros de enfermedades tales como el tifo, la fiebre amarilla, la disentería y el cólera. Había médicos y medicinas para las curas, pero esos doctores no eran el orgullo de la profesión, y en aquellos tiempos hubiera sido imposible encontrar allá un doctor americano que tuviese siquiera los más primarios conocimientos de las enfermedades tropicales. Data apenas de los últimos años el descubrimiento curativo de la temida fiebre amarilla y de cómo controlar los estragos de la tifoidea, de manera que sería injusto juzgar al cuerpo médico de Walker conforme al tipo medio del siglo XX. Mas no obstante todas las excusas que pudieran aducirse, el servicio hospitalario aparece en la picota culpable de una ineficacia casi criminal. Los dos edificios destinados a servir de hospitales fueron en justicia llamados cámaras de los horrores. La cuarta parte, si no más, de los hombres yacían en montón sudando su fiebre, el más temido enemigo de los filibusteros. No había sábanas limpias para los enfermos que tenían que echarse vestidos con sus mismas mugrosas ropas de lana, las que por meses y meses le habían servido de uniforme en el día y de pijama en la noche. Jamás se limpiaban ni se fumigaban los camastros, y al herido se le asignaba uno en el que tal vez apenas unas horas antes algún pobre diablo había sucumbido al cólera o a la fiebre amarilla. Enjambres

de moscas se posaban en las heridas enconadas transmitiendo la infección de un enfermo a otro. Bichos y sabandijas de toda especie inundaban los cuerpos y se multiplicaban en el pelo de los pacientes. Muchos gritaban pidiendo en vano un vaso de agua; otros aullaban delirantes y a veces caían de sus catres sobre un suelo inmundo donde permanecían por horas hasta que asistentes ineptos llegaban a levantarlos. El hedor era casi insoportable hasta para los más sanos y fuertes. Y lo peor de todo era que cotidianamente salían de esos lugares ristas macabras de cadáveres cianóticos. Nada de extraordinario tenían pues que ante tales escenas los filibusteros recurrieran en exceso a la bebida, y que a las epidemias de las fiebres y del cólera se agregara una tercera: la desertión. En los peores días la mortalidad diaria alcanzó al dos y hasta el tres por ciento del total de la población americana de Granada, y en los momentos en que la ciudad era evacuada la proporción de defunciones era tan alta que, en opinión de los médicos, de no ocurrir un pronto alivio, no quedaría en seis semanas un solo americano con vida en Nicaragua. (1).

Cuando Walker decidió evacuar Granada ordenó el traslado de todos los enfermos y heridos a la isla de Ometepe, en el Lago de Nicaragua. Metiéronse a unos doscientos en un vapor del lago que con ellos partió a La Virgen, en donde se le echó más carga todavía. Ometepe es una isla volcánica utilizada entonces como reducción de indios a la cual no debía llegar gente de raza blanca sin su consentimiento. (2). Walker hizo caso omiso de esa prerrogativa y escogió el pueblito de Moyogalpa, en la costa occidental de la isla y a trece millas de tierra firme, para establecer su hospital allí. Sólo dieciséis millas separan a ese lugar de Rivas, ciudad que eligió para su nuevo cuartel general; esperaba mantener comunicación entre ambas poblaciones a través del puertecito de San Jorge situado en la ribera del lago y a unas tres millas

(1) *Harper's Wheelily*, I., Págs. 163-4, y 313.

(2) *A Ride Accros a Continent*, Vol. II., Págs. 69-70, por Frederick Boyle, (Londres, 1868).

de Rivas. Cuando la tétrica carga de enfermos y heridos fue embarcada el 19 de noviembre con destino a la isla, la fetidez era tal que los encargados de asistirlos tuvieron que subirse a la cubierta superior del barco. Al fin del viaje algunos enfermos habían muerto, y muchos llegaron dando ya las últimas boqueadas.

Para desembarcar a los heridos hubo que bajarlos desde la cubierta inferior del vapor a un lanchón de hierro, con lo que sufrieron intensamente. No se habían dictado disposiciones para su llegada. El poblado queda una milla tierra adentro, y los pacientes tuvieron que esperar tendidos al raso en la playa hasta que uno a uno se les condujo en peso a Moyogalpa. Habiendo los isleños huido a la llegada de los extranjeros, los enfermos y heridos fueron dejados en los ranchos desocupados. A media noche hizo el lanchón su último viaje a tierra con los muertos, las medicinas y el instrumental médico.

El traslado fue dirigido por Rogers, el "confiscador general", a quien al menos debe acreditársele ese acto humanitario. Salió furtivamente de regreso a Granada dejando en la isla a un oficial muy capaz, el Capitán John M. Baldwin, quien llegó allí en la creencia de que sería llevado de regreso a Granada para reincorporarse a las filas de Walker. Baldwin naturalmente se indignó al saber que Rogers lo había abandonado, pero en el acto se hizo cargo de la situación disponiendo lo conveniente para el confort de los enfermos. Los seis camilleros ocupados en llevar los enfermos al poblado cayeron al fin exhaustos hallándose aún veinticuatro pacientes tendidos en la costa del lago. Un contratista de leña para los vapores, establecido en la isla, consiguió que dos indias que se habían quedado en el pueblito prepararan a las dos de la mañana un caldo para los que yacían en la playa. Y entonces, como otra desdicha más caída sobre esos infelices, se desató un torrencial aguacero que, no obstante estar los enfermos cubiertos de la mejor manera posible con colchas e impermeables, los empapó tan brutalmente que

varios amanecieron muertos. Y cinco más murieron en los ranchos de Moyogalpa. Treinta y seis pasaron a mejor vida en cinco días, y otros, muertos de hambre o perturbada la razón por las fiebres, cogieron el monte para nunca más saberse de ellos. La vista de esos escuálidos espectros, pidiendo de comer, o delirantes, llenaba de terror a los isleños. Allí no había una pala adecuada para cavar una fosa, y no pudiendo mucho menos hacerlas individuales con la única pala de madera y otras herramientas improvisadas que tenían, se cavó una zanja comunal para los muertos. En ella se fue sepultando la cuota diaria de cadáveres, sin dobles de campanas, sin ataúd, sin una oración siquiera. (1). Y la tierra que soñaron un día hacerla suya fue la única mortaja de sus cuerpos purulentos.

Tres días después hizo el vapor otro viaje a la isla llevando al Coronel Fry con sesenta hombres, más algunos oficiales y doctores. Con ellos llegaron también cincuenta o sesenta americanas, con sus niños, las familias de algunos comerciantes alemanes, y unas nicaragüenses cuyos maridos seguían militando en las filas de Walker. Las mujeres hacían de enfermeras, pero hubo entonces que sacar de los ranchos a los enfermos y heridos menos graves para alojarlas en ellos. Entre los recién llegados había algunos en tal estado de inanición que empeoraron la situación general. Y, como si toda esa miseria fuera poco, el 1° de diciembre una turba de indios asaltó el poblado, pegaron fuego a los ranchos e hicieron huir aterrorizados en las tinieblas a los que pudieron correr. Los indios, sin embargo, lo único que querían era saquear los cofres de las mujeres, y realizado su deseo de botín se retiraron al amanecer. Muchos de los hombres capaces de pelear, y hasta varios oficiales, abandonaron cobardemente a los enfermos y a las mujeres y a los niños, huyendo a la primera voz de alarma. Algunos fugitivos se embarcaron en botes rumbo a tierra firme. En la mañana Walker, que andaba en vapor por allí, recogió un

(1) Harper's Weekly, I., Pág. 200 y siguientes.

bongo lleno de ellos, a los que inmediatamente llevó a la isla. Al acercarse encontró a la deriva el lanchón que se utilizaba para desembarcar a los pasajeros en la isla hasta los bordes de hombres, mujeres y niños en la más lastimosa situación. Fueron subidos a bordo, y de labios de algunas mujeres deslenguadas oyó Walker execraciones que ni el hombre más curtido hubiera osado vociferar en su presencia. Finalmente los enfermos, los heridos, y los niños fueron llevados a tierra firme y alojados en San Jorge. El traslado a un lugar más saludable reanimó bastante a los americanos, y el arribo de ochenta filibusteros de California y doscientos treinta y cinco de Nueva Orleans al mando de Lockridge alentó aún más sus esperanzas. (1).

Entre tanto, Henningsen libraba en Granada una lucha titánica. Al abandonar la ciudad, Walker pensó que dejarla intacta sería regalar a los aliados una poderosa fortaleza y perder todo el prestigio que había ganado al apoderarse de la capital legitimista. En consecuencia, resolvió arrasarla; y confió esa misión a Henningsen. Después de enviar a los enfermos y heridos a la isla de Ometepe y dejar unos trescientos hombres al mando de Henningsen para realizar la obra de devastación, Walker se fue con el resto de sus fuerzas, que eran sólo dos compañías de infantería, a La Virgen, en donde esperaba que Henningsen se le uniera pronto con los pertrechos y todo lo demás.

Los cuarteles de La Virgen eran peor todavía que los de Granada. Y la alimentación igualmente mala. Masaya, a la que nombraban "el granero de Nicaragua", estaba en poder del enemigo, y los alrededores del Tránsito producían muy poco. Las fiebres reinaban rampantes; cerníase el peligro de un ataque de Cañas y sus costarricenses a quienes Jerez con un fuerte contingente de nicaragüense había reforzado poco antes en Rivas; y el espíritu del puñado de fili-

---

(1) **La Guerra de Nicaragua**, Págs. 318 - 20, por Walker.

busteros capaces de pelear era muy bajo. De San Juan del Sur llegaron noticias el 23 de noviembre referente a que Fayssoux había salido a mar abierta en el **Granada** a enfrentársele a un bergantín costarricense, y que para evitar ser capturado había hecho volar su barco. Esto ensombreció más los ánimos. El informe, sin embargo, fue rectificado al siguiente día al saberse oficialmente que Fayssoux había obtenido una victoria naval hundiendo al barco enemigo. Esta última noticia hizo mudar totalmente el semblante de las cosas, y los filibusteros se pasaron el día celebrando su primera victoria naval.

Los costarricenses habían recientemente artillado un bergantín rebautizándolo con el nombre de **Once de Abril** en honor a su victoria de la segunda batalla de Rivas. En él pensaban llevar tropas y pertrechos de Punta Arenas a San Juan del Sur, y también interceptar los movimientos de la goleta filibustera. Tenía el **Once de Abril** cuatro cañones de a nueve libras y una dotación de 114 hombres. El **Granada** llevaba dos cañones de a seis libras y veintiocho hombres de dotación, cinco de los cuales no eran combatientes.

El 23 de noviembre se encontraba el **Granada** en la bahía de San Juan del Sur cuando a eso de las cuatro de la tarde se divisó una vela en alta mar: Fayssoux levó anclas para salirle al encuentro. A las seis sólo un cuarto de milla separaba a los dos barcos y el extraño enarbolaba la bandera costarricense. El **Once de Abril** abrió fuego con sus cañones y rifles respondiéndole el **Granada**. La lucha se prolongó dos horas. Los porteños acudieron a la playa desde donde veían los fogonazos entre las penumbras del anochecer. A las ocho se vio una enorme luminosidad seguida segundos después de un ruido como trueno, y los espectadores supusieron con razón que uno de los barcos había sido volado. En espera de noticias que no llegaban y en vista de que Fayssoux no volvía, dieron por hecho que éste había hecho volar la goleta para evitar su captura. Sabíase que el filibustero tenía pocas municiones, y puesto que el combate

duró dos horas dieron por hecho que el comandante, viéndose en la sin remedio, había recurrido a medidas extremas. Habíasele oído decir que nunca lo cogerían vivo. La conjetura llegó a ser convicción, y la noticia del supuesto desastre fue enviada por expreso a Walker y sus desalentados partidarios en La Virgen.

Sin embargo, a la mañana siguiente entró al puerto el **Granada**, sin daño visible, pero sus puentes atestados de hombres. Allí venían los cuarenta y un sobrevivientes del desastre del bergantín costarricense a quienes Fayssoux había rescatado de las aguas. Un cañonazo del **Granada** dio en santabárbara del **Once de Abril** causando una explosión que lo destrozó. El casco en llamas flotó casi una hora, lo que apenas dio tiempo para sacar de él a cuatro hombres, pues Fayssoux contaba con sólo un botecito para salvar también a lo que se habían echado al agua. El capitán y muchos tripulantes tenían horribles quemaduras; Walker ordenó a sus médicos atenderlos con esmero. Al resto se les dio pasaporte para volver a sus casas (Walker no estaba en condiciones de alimentar prisioneros) y el relato que hicieron del buen trato recibido asombró a los costarricenses, cuyas ideas de los filibusteros eran reflejo de las injuriosas crónicas publicadas por el periódico de su gobierno. Cuando el capitán del **Once de Abril** sanó del todo fue puesto a bordo de un barco con destino a Panamá. En el combate Fayssoux tuvo un muerto, dos heridos de gravedad, y seis levemente. El mayor daño sufrido por el **Granada** fueron agujeros en sus velas; la tripulación contó doscientos sesenta de ellos.

Tan pronto como Walker recibió el parte de la victoria expidió un comunicado agradeciendo a Fayssoux en nombre de la república, ascendiendo a capitán y donándole la hacienda "El Rosario", cerca de Rivas, en reconocimiento a sus servicios. (1). A poco de eso el nuevo capitán visitó a su jefe

(1) *La Guerra de Nicaragua*, Págs. 303 - 6, por Walker; Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 219; *Herald*, de Nueva York, 16 y 31 de diciembre de 1856; Montúfar, Pág. 687 y siguientes.



en La Virgen. Walker lo invitó a una comida junto con sus oficiales; fue una merienda frugal en la que hubo vino. Fayssoux, abstemio absoluto, rehusó tomar, pero sus oficiales, en cambio, lavaron el buen nombre del marino brindando repetidamente por sus laureles.

Entretanto llegaban malas noticias de Granada. El trabajo de incendiar la ciudad resultaba difícil. Tan pronto como los filibusteros recibieron orden de quemarla se apresuraron primero a poner a salvo sus pertenencias y luego se dieron al pillaje. Encontraron grandes cantidades de finos licores que pensaron sería una lástima destruir, y entonces oficiales y soldados comenzaron desde ese momento a beber como en una bacanal. Los aliados acuartelados en Masaya al saber que Walker había evacuado Granada dejando sólo una pequeña guarnición, se dispusieron a atacarla urgidos por los Generales Martínez y Paredes. Pero todo fue que Paredes propusiera el plan a Beloso, para que éste lo objetara; y se pasaron dos días porfiando antes de iniciar el avance sobre Granada. El 24 de noviembre los aliados atacaron simultáneamente a Henningsen por tres distintos puntos. El acuarteló a sus hombres en casas de adobe de los costados de la plaza; pero los aliados se apoderaron de la Iglesia de Guadalupe, situada en un punto más o menos equidistante entre la plaza y el lago, cortándole de esa manera su retirada al muelle de piedra en donde podía ser rescatado por uno de los vapores. Por otra parte, un pelotón de veintisiete filibusteros se encontraba en el muelle cuidando una carga cuando comenzó el ataque, de suerte que al ser tomada la iglesia éstos quedaron aislados de sus camaradas de la plaza. El muelle había sido construido con restos del viejo fuerte de piedras levantado en tiempos coloniales y cuyos escombros daban todavía fe de él. Detrás de sus derruidos muros estos veintisiete hombres se sostuvieron en su puesto manteniendo a raya a los aliados durante dos días. Walker se aproximó en el **San Carlos** y se comunicó de noche con ellos, aprovisionándolos de víveres y municiones. Había que conservar el muelle si se quería socorrer a Henningsen, y el

pequeño destacamento de filibusteros se sentía seguro de poder sostener el punto. Pero había un traidor entre ellos. Un joven venezolano de apellido Tejada, a quien el año anterior los americanos encontraron engrillado en Granada y lo libertaron, se pasó a los aliados; les informó cuántos eran los filibusteros y les indicó la manera de atacarlos por la retaguardia utilizando uno de los lanzones de hierro de la Compañía del Tránsito. A la mañana siguiente los defensores del muelle fueron rodeados y exterminados hasta el último.

Henningsen mientras tanto había pegado fuego a las casas residenciales de la plaza y tomado por asalto la Iglesia de Guadalupe, con todo y que al principio del ataque demoró su tarea la continua orgía de sus hombres, a quienes el inminente peligro parecía desmoralizar todavía más. Dentro de la iglesia se hacinaron soldados, enfermos y heridos, y mujeres y niños. Contaba con una fuerza de doscientos diez combatientes; había allí además setenta y una mujeres y niños, y alrededor de noventa heridos.

El 28 de noviembre enviaron los aliados un emisario con carta a Henningsen instándole en nombre de la humanidad a rendirse, y prometiendo a todos sus hombres garantías y pasaporte para salir del país. Henningsen respondió con altivez, desdeñando la propuesta. Los aliados arremetieron repetidas veces contra la iglesia, pero los rifles filibusteros los repelieron siempre causándoles numerosas bajas y de tal manera los desanimaron que sus jefes desistieron de seguir lanzando sus hombres al asalto. Los de la iglesia redujeron su dieta a carne de mula y de caballo, con un mínimo de harina y de café. Las condiciones de salubridad en el templo eran espantosas. Había allí cerca de cuatrocientos hombres, mujeres, niños, heridos, enfermos y sanos, apilados todos en montón. De las calles afluentes, en donde yacían los cadáveres putrefactos de los soldados aliados caídos al tratar de tomarse la iglesia, llegaba un hedor nauseabundo. No tenían los filibusteros alimentación adecuada

para los enfermos, y la muerte segó con su guadaña a muchos. Luego apareció entre ellos el cólera, enemigo diez veces más temible que los aliados. Tan pronto como la epidemia estalló sobre los filibusteros se les administró una fuerte dosis de opio, y se les prohibió tomar agua, por creerse que esto les sería fatal. La droga llevó a muchos al borde de la locura, de tal suerte que implorando agua a gritos gateaban en el suelo pasando por encima de moribundos y cadáveres. A veces dos hombres, perdida la razón, daban por reñir y en su lucha caían sobre el cuerpo de un compañero herido que al sentirse lastimado aullaba de dolor. (1).

Y de entre esas dantescas escenas surgió una figura humana como luz resplandeciente: la Iglesia de Guadalupe tuvo su Florence Nightingale. (1). Fue ella la esposa de un actor llamado Edward Bingham. Con su marido, que había quedado paralítico, llegó a Nicaragua seducida por el señuelo del pasaje gratis y una parcela; desde el comienzo le tocó asistir a enfermos y heridos, y en la Iglesia de Guadalupe tal vez logró hacer que muchos recuperaran. Su abnegación le granjeó la más profunda gratitud de los filibusteros, pero ella también cayó víctima de la temida pestilencia; murió en pocas horas de padecimiento. (2).

En diecisiete días se registraron ciento veinte defunciones entre soldados y civiles, sin contar los muertos en batalla. A los enfermos pudo al fin llevárseles a unas casuchas que se comunicaban con la iglesia mediante parapetos de adobes, mejorándose con eso un poco aquella angustiosa situación. (3). El 1° de diciembre comenzó el éxodo de los filibusteros hacia el lago. Por la noche alargaban las líneas de pa-

(1) **Harper's Weekly**, I., Pág. 71.

(1) Enfermera inglesa de la guerra de Crimea (1854 - 56); precursora de las modernas enfermeras. Nació en 1820 y murió en 1910. (N. del T.).

(2) Sus niños murieron con ella, pero su esposo sobrevivió a los horrores del sitio, y el **San Joaquin Republican**, fechado el 12 de febrero de 1857 dio cuenta de su llegada a California. Y **Harper's Weekly**, I., Pág. 87.

(3) **La Guerra de Nicaragua**, Págs. 322 - 5, por Walker; Montúfar, Pág. 720 y siguientes; Manuscritos en el libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 208.

rapetos por ambos lados de la calle, y durante el día las defendían de los ataques aliados. Quedaron en la iglesia treinta hombres con órdenes de atajar a los atacantes por la retaguardia; manteníase continua comunicación entre la iglesia y los que se desplazaban hacia el lago. De esa manera Henningsen conservaba una posición a la que podía volver en caso que los aliados le tomaran los parapetos que iba levantando. Día tras día trataron los aliados de cortar la línea de comunicación o de tomarse la iglesia, pero una y otra vez fueron rechazados con pérdidas enormes. Los aliados recibían continuamente refuerzos, en tanto que la peste y los heridos diezaban las filas filibusteras en cuyo cuartel las municiones de guerra y de boca escaseaban cada día más. Pese a todo, los oficiales hacían prodigios de ingenio fabricando balas de cañón en hoyos que cavaban en tierra mojada y luego rellenaban con trozos de hierro y con plomo derretido. Eso era ya una bala rasa de a seis libras para sus cañones.

Los sitiadores sufrían igualmente a causa del cólera y las fiebres, de lo cual murió el General Paredes, guatemalteco, quedando entonces Zavala al mando de esas tropas. Este General escribió el 8 de diciembre una nueva carta a Henningsen, intimándole la rendición y diciéndole que no contara con ayuda de Walker, pues los últimos vapores del Atlántico y del Pacífico no le habían traído ningún refuerzo. Esto último era falso. Henningsen se limitó a responderle verbalmente que por ser él soldado sólo parlamentaba a boca de cañón. Durante todo este tiempo Walker acechaba en el lago frente a Granada a bordo del vapor **La Virgen**, tratando de encontrar la manera de sacar a sus hombres del brete en que se hallaban. Las dos compañías acuarteladas en La Virgen no podían ser trasladadas a otra posición porque entonces esta población caería en manos de Cañas y Jerez concentrados en Rivas. Lo cual, naturalmente, daría al enemigo el control del Tránsito que provocaría el inmediato derumbe del régimen filibustero.

En la primera semana de diciembre llegaron trescientos aventureros de Nueva Orleans y California, con lo que el futuro de los filibusteros presentó perceptibles destellos de optimismo. Los recién llegados parecían valientes y ganosos de pelear. Púsose al mando del Coronel John Waters, Comandante de la caballería, un cuerpo de ciento sesenta hombres que se organizaron en cinco compañías, y el 11 de ese mes se embarcaron en el vapor **La Virgen**. Todo el siguiente día se lo pasaron frente a la playa de Granada observando las posiciones aliadas y al caer la noche el vapor, con sus luces apagadas, se dirigió al mismo sitio del Norte de la ciudad en donde catorce meses antes habían desembarcado los filibusteros para tomársela. Después que hubieron los hombres pisado tierra Walker volvió al lugar donde el vapor permanecía anclado en el día. A eso de media noche se oyeron los secos disparos de los rifles filibusteros seguidos del estruendo fofó de las descargas de la fusilería aliada. Enmudecieron por un rato los primeros para volver a oírse en seguida más fuerte y más cerca, lo cual reveló a Walker que el aguerrido Waters estaba haciendo retroceder a los aliados. El tiroteo duró unos minutos, volviendo todo al silencio otra vez. Escrutando en dirección a la ciudad que ardía y aguzando el oído los del vapor oyeron un grito en el agua como de alguien pidiendo auxilio. Bajóse en el acto un bote que recogió y subió a bordo a un joven moreno a quien en la obscuridad Walker, tomándolo por nicaragüense, comenzó a interrogarlo en español. Se sorprendió cuando le contestó en inglés, pues no era otro que un hawaiano nombrado "Kanaka John", de los que con Walker llegaron en el **Vesta** a Nicaragua. El muchacho había nadado cuatro horas portando una botella lacrada con un mensaje de Henningsen. Dábale éste cuenta a Walker de la situación en que se encontraban los sitiados y le indicaba ciertas señales que debían hacerle en caso que pudiesen ir a restacarlos. Hicieron-se inmediatamente las señales, pero los movimientos que se efectuaban en la playa impidieron que los otros las vieran. Se reanudó el fuego en la playa, y al amanecer Waters ha-

bía ocupado todas las trincheras aliadas juntándose a Henningsen. Esta hazaña le costó más de la cuarta parte de sus fuerzas: catorce muertos y treinta heridos. La manera en que se tomó las trincheras en la obscuridad hizo creer a los aliados que las fuerzas filibusteras de rescate eran varias veces más numerosas. A eso se debió que en el acto abandonaran el histórico fuertecito del muelle, del cual se apoderó en seguida Waters para comunicarse desde allí con el vapor. Al instante comenzaron a hacerse los preparativos para embarcar en **La Virgen** a los sobrevivientes del asedio; los aliados no impidieron la evacuación. Antes de partir Henningsen clavó entre las ruinas humeantes un asta de lanza con un pedazo de cuero en la punta que decía: "AQUI FUE GRANADA". (1).

De las 421 personas que había en Granada al comenzar la batalla, 124 fueron muertas o heridas,, 120 fallecieron víctimas del cólera o las fiebres, dos cayeron prisioneros, y unos cuarenta desertaron, sumando una pérdida total de 286 en diecisiete días. De la fuerza total de 277 combatientes que eran al comienzo de la lucha, 124 fueron muertos o heridos, lo cual disminuyó su número a 153, y los desertores y prisioneros la redujeron todavía a sólo 111. (2). De las pérdidas sufridas por los aliados no se tienen datos fidedignos. La afirmación de Henningsen referente a que perdieron de mil quinientos a mil setecientos, cifras que él dice haber tomado de periódicos guatemaltecos, es absurda, puesto que los sitiadores nunca tuvieron más de tres mil hombres, hubieran tenido que perder la mitad de la totalidad de sus tropas.

Los sobrevivientes de este memorable sitio fueron llevados a San Jorge. Cuando Cañas y Jerez supieron que Henningsen había sido rescatado, abandonaron a toda prisa Rivas por temor a la artillería con que ya contaba Walker,

(1) **La Guerra de Nicaragua**, Pág. 326 y siguientes, por Walker.

(2) Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 208; (Manuscritos de puño y letra del Ministro Wheeler).

y fueron a unirse con Beloso en Masaya. El ataque a Granada no será uno de los grandes sitios de la historia, pero en pocas guerras se vieron casos de arrojo tan temerario de parte de los defensores y se opuso tan obstinada resistencia en tan desventajosa situación. Considérase que Walker, al haber podido sacar de semejante aprieto a los sitiados, realizó una proeza poco menos que imposible.

El Padre Vijil se encontraba en San Juan del Norte cuando supo del incendio de Granada. La noticia quebrantó el corazón del viejo cura. Estrujándose las manos caminaba de arriba para abajo arrepentido de haberse asociado a unos hombres que lo habían hecho romper con sus amigos y que también le habían destruído sus propiedades. (1).

---

[1] **Harper's Weekly**, 25 de abril de 1857.